

La Luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N. 11 - MARZO 2021



El “HÁGASE SEGÚN TU VOLUNTAD”
de María es el modelo de toda conversión auténtica.

P. Rodrigo Molina

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN
La Anunciación del Señor

TESTIGOS DE MARÍA
San José, el primer
consagrado a la Virgen
Santísima, su Esposa

VICTORIAS DE MARÍA
El Padre «Trampitas»

Sumario



Alma Mariana

P. Rodrigo Molina

Inspirador del Reinado de María

«Cuando la Santísima Virgen dijo aquel feliz: "He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra" (Lc 1,38), la respuesta de Dios fue inmediata y magnífica: en el seno de María, la disponible, realizó Dios su obra, la que nos da a conocer más el peso de su Bondad infinita, de esa cualidad que Dios tiene de ser siempre útil, provechoso, benéfico: LA ENCARNACIÓN.

El Verbo haciéndose carne:

1º. Quitó lo diabólico que había en el hombre: lo malo, el pecado.

2º. Asumió, hizo suyo, lo connatural y propio del hombre: todo lo del hombre, menos el pecado.

3º. Confirió al hombre e hizo propio del hombre, todo lo divino; todo lo propio de la Divinidad: "En Él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9).

Rodrigo Molina

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

4 LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR.

VICTORIA DE MARÍA

7 EL PADRE «TRAMPITAS»

TESTIGOS DE LA INMACULADA

8 SAN JOSÉ, EL PRIMER CONSAGRADO A LA VIRGEN SANTÍSIMA, SU ESPOSA.

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

10 LLAMADA A LA PENITENCIA.

TOTUS TUUS. SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

LA ENCARNACIÓN, «RAZÓN»

12 DE NUESTRA CONSAGRACIÓN A MARÍA.

REINADO DE CRISTO

14 EL SANTO VÍA CRUCIS: CAMINO DEL REY DE REYES, DESDE EL CORAZÓN DE SU MADRE.

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

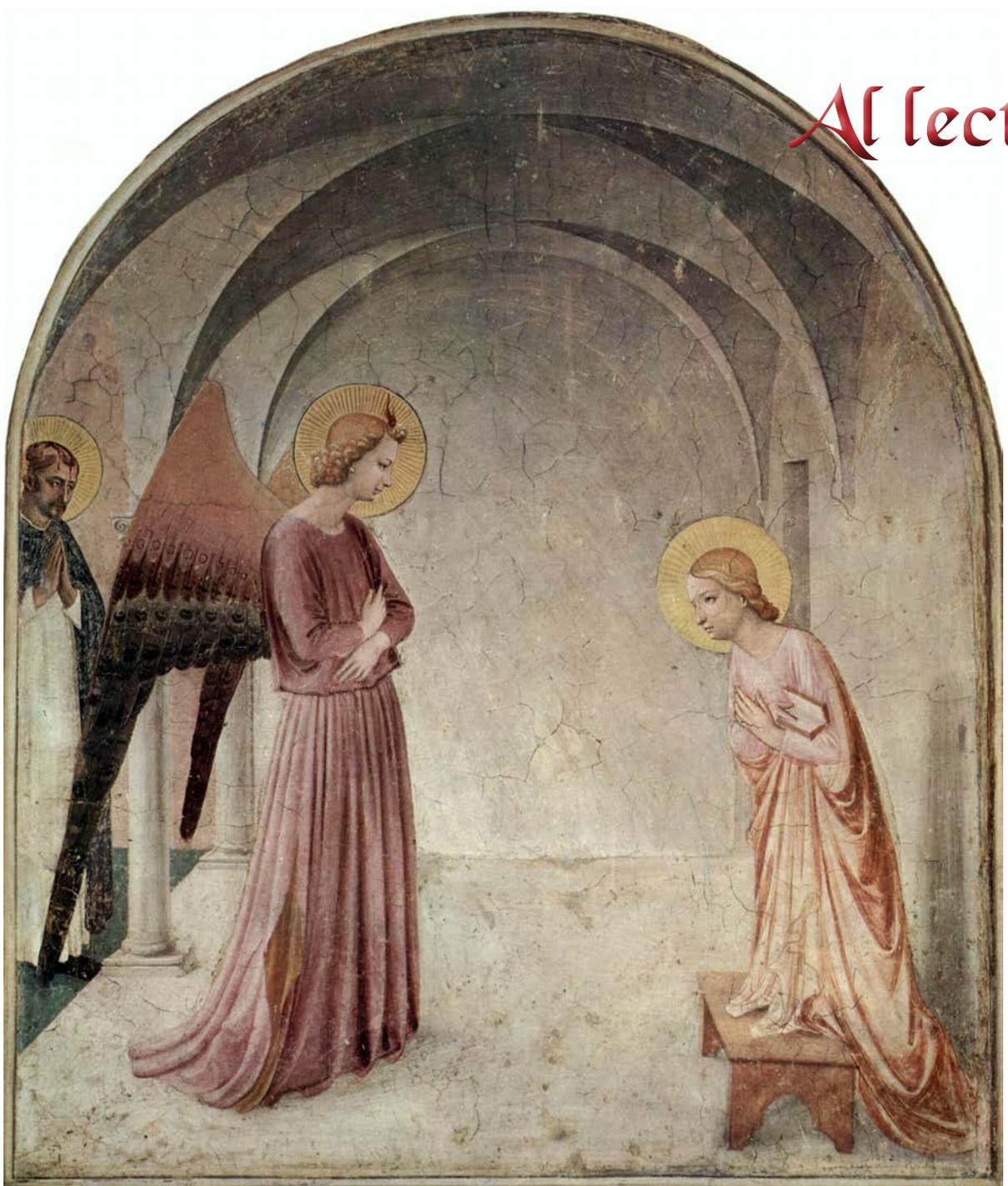
15 EL PASAJE BÍBLICO DE LA ANUNCIACIÓN NOS REVELA EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Lumen Reginae

Boletín Oficial del Reinado de María.

"Ad Jesum per Mariam"





La solución para tanta problemática que, como siempre, pero en especial en el mundo de hoy, sale a nuestro paso, es la confianza en Dios: poderosísima, indubitable, la que corresponde a esa gran cercanía de Dios a nosotros, que es Jesús, Dios hecho carne.

Dios es el Dios grande, que solo espera encontrar en nosotros corazones abiertos a Él, personas que no sacan las cosas de su fondo, sino de su Padre Dios. Esa fue la posición en que se puso la Virgen María: Ella supo ponerse entre el trono de Dios y este nuestro mundo, en ese estado de disponible para todas las Voluntades de Dios.

Y para ello hay que vivir consagrados a María. Dice San Maximiliano Ma Kolbe que las palabras de María: «*hágase en Mí*» (fiat mihi) siempre deben resonar en nuestros labios, porque entre la voluntad de la Inmaculada y la nuestra tiene que

existir una absoluta armonía. Luego ¿qué conviene hacer? Dejarse conducir por María y nada habremos de temer.

Como Ella, no queramos afirmar ante Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes o razonables que nos parezcan, sino presentémoslos a Él y dejemos que Él decida lo que quiera hacer. Vivamos el santo abandono.

De María aprendamos la bondad y la disposición para ayudar. También la humildad y la generosidad para aceptar la Voluntad de Dios, confiando en Él, convencidos de que su respuesta, sea cual sea, será lo mejor para nosotros.

Apliquémonos en esta Cuaresma, momento de gracia y misericordia, a iniciar una etapa nueva y mejor en nuestra vida, en nuestro camino hacia el cielo. Es un tiempo oportunísimo que la Virgen nos alcanza para volvernos al Señor. Estamos a tiempo.

En la Escuela del Inmaculado Corazón

La Encarnación del Señor es el hecho más maravilloso y extraordinario, el misterio más entrañable de las relaciones entre Dios y los hombres, y el más trascendental de la historia de la humanidad: ¡Dios se hace hombre, y para siempre en el seno virginal de Santa María! Sí, *"el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1,14) gracias al "fiat de la Señora. En ese SÍ espontáneo, gratuito y generoso de Su Corazón Inmaculado se inicia la obra de nuestra redención.

Las palpitations del corazón de Jesús son las palpitations del corazón de María, la oración de Jesús es la oración de María, las alegrías de Jesús son las alegrías de María; de María recibió Cristo el cuerpo y la sangre que han de ser, respectivamente, inmolado y derramada por la salvación del mundo.

Por eso, María, hecha uno con su Hijo, es la Corredentora del género humano: con Jesús en su seno, con Jesucristo en sus brazos, con Cristo en Nazaret, en la vida pública; con Jesucristo subió al Calvario, sufrió y agonizó recogiendo en su Inmaculado Corazón los últimos dolores de Cristo, sus últimas palabras, su agonía y las últimas gotas de su sangre, para ofrecerlas al Padre.

Y María se quedó en la tierra para ayudar a sus otros hijos a completar la obra redentora de Cristo, conservándola en su Corazón como un manantial de gracia —Ave gratia plena— para comunicarnos los frutos de la vida, pasión y muerte de Jesucristo su hijo.

En la escuela de su Corazón Inmaculado, aprendamos cómo hay que responder a las Voluntades de Dios.

Nunca la historia del hombre dependió tanto, como entonces, del consentimiento de la criatura humana. Aquí se le descubre a María su misión en el mundo, el plan de Dios para Ella. Su vocación



La Anunciación del Señor.



es la más sublime de todas las criaturas. Todo un Dios está pendiente de su libre aceptación, y de su «hágase» incondicional ha derivado la Redención.

San Bernardo, comentando este momento sublime, tiene una hermosa meditación en la que, dirigiéndose a María le dice:

«Mira que el Ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes.

Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida... Responde presto al Ángel, o, por mejor decir, al Señor

por medio del Ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

En la escena de la Anunciación el Ángel le dirige a María un saludo que tiene gran significado. No la llama con el nombre terreno, María, sino con su nombre divino, así como Dios la vio siempre y la califica: «*llena de gracia*», que en el original griego es «*kejaritoméne*», «*amada*». María es la «*amada de Dios*». Nunca se dirigió un título similar a un ser humano y no tiene comparación en toda la Sagrada Escritura.

María pronunció su «*sí*» a Dios con alegría. María expresa su consentimiento diciendo «*fiat*», «*hágase*». No se trata de una simple aceptación resignada, sino de un vivo deseo. Como si dijera: «*También Yo deseo con todo mi ser lo que Dios desea; cúmplase pronto aquello que Él quiere*». Indica fe y obediencia a la vez;

reconoce que lo que dice Dios es verdad y se somete a ello.

Para María bastó la seguridad de estas tres cosas: que Dios la amaba con amor de predilección, que Dios se lo pedía, que para Dios nada era imposible. Desde la certeza de estos tres elementos es posible decirle a Dios que sí con toda el alma.

La fidelidad de María está hecha de pobreza, de confianza, de disponibilidad. Se abandona al Dios para quien todo es posible y le dice serenamente que sí. María lo dijo en la Anunciación; pero fue el comienzo de un «hágase» cotidianamente repetido hasta la Cruz, hasta Pentecostés, hasta la Asunción.

En el «hágase» de María nació Cristo; también nació la Iglesia; la humanidad fue reconciliada con el Padre. Era un «hágase» dicho de una vez para siempre; pero fue preciso renovarlo cada día, porque cada día traía una expresión nueva de la Voluntad del Padre, a veces humanamente desconcertante, dolorosa o incomprensible, como las palabras del anciano Profeta del Templo: «*¡Y a Ti misma una espada te atravesará el alma!*» (Lc 2,35), o la respuesta del Niño encontrado en el Templo: «*¿No sabíais que Yo debía estar en la casa de mi Padre?*» (Lc 2, 49).

Y María fue «*feliz por haber creído*» (Lc 1, 45), por haber dicho «sí» al plan de Dios sobre Ella.

El ejemplo de la Virgen fiel ilumina y compromete nuestra propia fidelidad. Nos enseña dónde está la raíz y cuáles son sus frutos: en nosotros, en la Iglesia, en el mundo.

La vida de Jesús no fue un mero hacer; sino un dejar a Dios hacer en Él. Esa fue también la vida de Santa María expresada exhaustivamente en su: «*He aquí la esclava del Señor. Hágase en Mí según tu palabra*» (Lc 1, 38).

Como Dios ha querido tener necesidad del consentimiento de la Virgen para entrar en el mundo, así también quiere y necesita nuestra colaboración. Nos da a cada uno una vocación, y de nuestra correspondencia incondicional depende que el Poderoso haga «obras grandes» en nosotros y por nosotros.

Acerquémonos cada día más a Santa María. Pidámosle docilidad a todas las inspiraciones del Espíritu Santo, para que, como en Ella, Jesús se forme plenamente en nosotros, y pueda volver a hacerse presente en el mundo.

El FIAT tuyo es lo único que Dios necesita. Porque una vez que lo des, Dios entra en ti y con Él entra el TODO.



Victoria de María

El Padre J. Manuel Martínez. S.J., alias Padre «Trampitas» narra, entre sus experiencias pastorales en el penal mexicano de las Islas Marías, el caso de Victoria, ganada por la Virgen en el último instante.

Victoria era una presa de alta conflictividad, condenada por varios homicidios. Todos la esquivaban.

Un día tuvo que hacerse una curación. Se presentó en el hospital de la cárcel, donde providencialmente el Padre estaba presente. Al rato oye una riña fuerte, y ve caer a Victoria desde una ventana del tercer piso.

La atendieron en urgencias. El doctor la desahució. Entonces el Padre decide abordarla, para hacerle ver su estado terminal y animarla a ponerse en paz con Dios. Pero no recibió de Victoria sino una retahíla de insultos y blasfemias.

Entonces el Padre recordó que en alguna ocasión «me había dicho que había sido Congregante de la Virgen. Eso me dio mucha seguridad, porque una Congregante tiene a la Virgen María, que se encarga de todo».

– Mira. Victoria... me dijiste que habías sido Congregante de la Virgen María, ¿verdad?

– Sí, ¿y qué?

– No, seguro que cuando recibiste la medalla hiciste una buena confesión y comulgaste bien...

– Pues puede ser que sí...

Comenzó a cambiar. Aproveché la ocasión. Le dije:

– Oye, y cantaban en la Congregación, ¿verdad? ¿Cantaban el «Bendita sea tu pureza»?

– Y a tres voces, Padre, ¡viera qué bonito!...

– Ah, Victoria, y ¿cómo termina? ... ¿recuerdas cómo termina la canción?

Y comenzó a cantar, moviendo los labios: – «No me dejes, Madre mía»...

– ¡Repítelo, Victoria! Esta es la hora en que la Virgen María te va a pagar esa Comunión que hiciste cuando recibiste su medalla, cuando te consagraste a Ella...

– «¡No me dejes, Madre mía!» «¡No me dejes, Madre mía!» ...

– «¡Otra vez, Victoria!

– «¡No me dejes, Madre mía!» ...



Entonces me arrebató el Crucifijo y gritó: – Padre, todavía estoy viva. ¡Confíeseme, Padre! «¡No me dejes, Madre mía!»

¡Qué momentos! Ella lloraba, y yo también...

– Ofrécele tu vida, que va a terminar.

– Sí. Padre. «¡No me dejes, Madre mía!» ...

Y, mientras tanto, yo dándole la absolución. Cuando acabé vi que comenzó a disminuir la intensidad de su voz, mientras seguía diciendo: «¡No me dejes, Madre mía...!» Ahí murió.

¡Vieran ustedes qué misericordia de Dios!

Testigos de la Inmaculada

Dios nuestro Señor Señor ha querido resaltar la misión de San José en su plan para la conversión del mundo a través del Inmaculado Corazón de María.

En Fátima, la misma Señora anunció, en su aparición del 13 de septiembre, que en octubre no solo haría un milagro para que todo el mundo creyera, sino que San José vendría con el Niño Jesús a bendecir al mundo. La Virgen dijo: *«Continuad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, y San José con el Niño Jesús para bendecir al mundo».*

Es que San José es modelo perfectísimo de consagración al Inmaculado Corazón de María. Al recibir el mensaje del Ángel: *«No temas tomar contigo a María tu mujer porque lo nacido de Ella es del Espíritu Santo»* (Mt 1,20), ¿cuál fue la respuesta de San José? *«Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer»* (Mt 1,24), es decir, se consagró a María, a su persona, a su corazón, a su misión.

Hasta el punto de que, cuando la Virgen cante en el Magnificat: *«Porque ha hecho obras grandes en Mí el Todopoderoso»* (Lc 1,49), pudo incluir en esa «obra grande», esa «maravilla», a su bendito esposo San José, el hombre justo que Dios puso a su lado para acompañarla en esa tarea sin igual de formar parte del misterio de la Encarnación.

San José es también Patrono de la Iglesia, amante y tierno padre de todos sus miembros.

Tal como lo había anunciado Nuestra Señora, en la última aparición del 13 de octubre de 1917, San José aparece junto con el Niño Jesús y bendice al mundo. La Hermana Lucía lo relata así: *«Mi intención [en gritar a la gente que miraran hacia arriba,] no era llamarles la atención hacia el sol, porque yo no era consciente de su presencia. Fui movida a hacerlo bajo la dirección de un impulso interior. Después que Nuestra Señora había desaparecido en la inmensidad del firmamento, contemplamos a San José con*



el Niño Jesús y a nuestra Señora envuelta en un manto azul, al lado del sol. San José y el Niño Jesús aparecieron para bendecir al mundo, porque ellos trazaron la Señal de la Cruz con sus manos».

En el libro «Llamadas del Mensaje de Fátima» la Hermana Lucía explica: *«En estos tiempos en que la familia, tantas veces, aparece mal comprendida en la forma en que fue constituida por Dios y se ve afectada por doctrinas erradas y opuestas a los fines para los que el Creador divino la instituyó, (...) Dios nos llama a volver nuestra mirada hacia la Sagrada Familia de Nazaret, donde Él quiso nacer, crecer y santificarse, para presentarnos un modelo a imitar en la senda de nuestros pasos de peregrinos que caminan de la tierra hacia el Cielo».*



*San José, el primer
consagrado a la Santísima
Virgen, su Esposa.*

ITE AD JOSEPH

Mi Inmaculado Corazón triunfará

La Hermana Lucía nos explica en su libro «*Llamadas del Mensaje de Fátima*» que la Virgen nos llama al sacrificio: «*Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios*», enseñó a los pastorcitos.

Dice San Pablo (Cf. Col 1,24), que es preciso completar en nosotros lo que falta a la Pasión de Cristo, porque somos miembros de Su Cuerpo Místico. Todos tenemos muchas deficiencias y pecados, por eso debemos, en unión con la Víctima inocente que es Jesús, sacrificarnos en reparación por nuestros pecados y por los de nuestros hermanos, ya que todos somos miembros del mismo y único Cuerpo Místico del Señor.

Dijo del Ángel a los pastorcitos de Fátima: «*De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores*». Pueden ser sacrificios de bienes espirituales, intelectuales, morales, físicos o materiales.

Lo primero, debemos estar dispuestos a renunciar a todo lo que nos pueda llevar a cometer un solo pecado grave. Porque Jesús nos avisa: «*Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí*». (Mt 10, 38). ¡Sí! Para ser amigo de Dios hay que renunciar a placeres ilícitos, a caprichos de orgullo, de vanidad, de celos, de avaricia, de sensualidad, las comodidades exageradas, faltando a la caridad y a la justicia para con el prójimo.

«*De todo lo que podáis...*» Unas veces será la cruz de nuestro trabajo diario. Otras veces, serán las contrariedades de la vida. Otras serán las humillaciones que aparecen inesperadamente y es preciso aceptarlas.

Dios nos pide cuentas no sólo por haber hecho el mal, sino también porque dejamos de hacer el bien. Y así nos exhorta a que con lo que tenemos de superfluo, socorramos a nuestros hermanos que no tienen lo necesario.

Hay después otra serie de pequeños sacrificios agradables a Dios y muy provechosos para nosotros, porque con ellos consolamos a Jesús y probamos la delicadeza de nuestro amor a Dios y al prójimo.

Pongamos algunos ejemplos:

- Ser comprensivos y perdonar las ofensas.
- Sonreír.
- No juzgar las actuaciones del prójimo. Antes, disimular sus errores.
- Practicar la paciencia.
- Evitar la ira, el mal humor, las malas respuestas, el descontrol.
- Luchar contra el pesimismo, los pensamientos negativos.
- Evitar el ocio. Luchar contra la pereza.
- Aprovechar el tiempo. No estar conectado a internet o el celular sin necesidad.
- Ofrecer algún pequeño gusto en la alimentación.
- Sobrellevar un poco de frío o de calor sin quejarnos; vestir con decencia y modestia, sin dejarnos esclavizar por el último grito de la moda.

Hay también penitencias externas, para unirnos a Cristo flagelado, coronado de espinas. Practicar el ayuno, el uso del cilicio y la disciplina, entre otras.

En las Memorias de la Hermana Lucía encontramos este relato, del que entresacamos las líneas principales:



Llamada a la penitencia



«Jacinta parecía insaciable practicando sacrificios. Un día, fuimos con las ovejas a un campo bastante lejos y nos encontrábamos en pleno verano. Por el camino, nos encontramos a unos niños pobres y les dimos nuestra merienda... el día era hermoso, pero el sol muy ardiente. La sed se hacía sentir y no había ni una gota de agua para beber. Fui a pedir agua a una casa y me dieron una jarrita y también un trocito de pan que acepté agradecida. Di la jarra a Francisco y le dije que bebiese.

— No quiero, respondió.

— ¿Por qué?

— Quiero sufrir por la conversión de los pecadores.

— Bebe tú, Jacinta.

— ¡También quiero ofrecer el sacrificio por los pecadores!

Derramé el agua y los tres ofrecimos este sacrificio».

Es en la oración donde Dios nos comunica la gracia y la fuerza precisa para renunciar a nosotros mismos: *«Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!»* (Mt 7, 13-14).

Pidámosle a Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores, que, en este tiempo cuaresmal, tiempo de gracia y de misericordia, de reflexión, de «reajustes» en nuestro corazón... nos haga ver lo que no agrada a Dios en nuestras vidas.

Que Nuestra Señora nos conceda la gracia de convertir nuestra vida en un sacrificio de alabanza para gloria de Dios Padre.

Totus tuus, Ser de Ella Como Ella es de Dios

La Encarnación, «razón» de nuestra Consagración a María

Por qué nos consagramos a María? Sencillamente porque queremos imitar a Dios, que, en la Encarnación, también se confió a María para que el Verbo se hiciera hombre.

Ella es forjadora de santidad. Es lo que enseña San Luis María Grignion de Montfort en el «Tratado de la Verdadera Devoción», n. 39: *«Es preciso convenir en que, siendo la Santísima Virgen necesaria a Dios, es mucho más necesaria a los hombres para que éstos lleguen a conseguir su último fin»*. Y en el n. 218: *«En María no hay noche, porque en Ella no hay pecado, ni aun la menor sombra de él. María es lugar santo. El Santo de los Santos, en donde los santos han sido formados y moldeados»*.

En otra de sus obras, «El secreto de María», (Cf. nn. 16-18) el santo nos explica que San Agustín llama a María *molde viviente de Dios*. En Ella sola se formó Jesucristo, el Dios hecho hombre, sin que le faltara ningún rasgo de la Divinidad y en Ella sola también podemos los hombres formarnos



en Dios, en cuanto somos capaces con la gracia de Jesucristo.

Porque de dos maneras puede un escultor producir una estatua o un retrato: la primera, puede esculpir la figura utilizando una materia dura e informe, con arte, fuerza y buenos instrumentos; y la segunda, puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo; un golpe mal dado, de cincel o de martillo, basta, a veces, para echarlo todo a perder. Pero rá-

vido, fácil y suave es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente la figura al natural y con tal que la materia de que nos servimos sea manejable y de ningún modo resista a la mano.

El *gran molde de Dios*, hecho por el Espíritu Santo, *es María*. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde; cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios; y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera segura y sin miedo de ilusiones, puesto que el demonio no tuvo ni tendrá jamás entrada en María, toda santa e inmaculada.

¿Podríamos, nosotros, sin pecar de necios o ciegos, desviarnos de María, y no consagrarnos a Ella, y no depender de Ella para ir a Dios?

Entreguémonos al espíritu de María, para ser por él movidos y conducidos de la manera que Ella quiera. Pongámonos y dejémonos en sus manos virginales, como un barro dócil y blando, dúctil y maleable en las manos del alfarero. Es necesario perderse y abandonarse en Ella, como una piedra que se arroja al mar; y esto se hace sencillamente y en un instante, por un solo deseo del espíritu, un ligero movimiento de la voluntad o por medio de palabras, diciendo, por ejemplo: *Me renuncio a mí mismo y me doy a Vos querida Madre mía*. Y aunque no se experimente ninguna dulzura sensible en este acto de unión, no por eso deja de ser verdadero...



Reinado de Cristo

El Santo Vía Crucis: Camino del Rey de reyes, desde el Corazón de Su Madre

El “Vía Crucis” o “Camino de la Cruz” es un hermoso itinerario de oración recorrido desde los primeros momentos de la Iglesia donde nos adentramos en la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en su camino al Calvario. De este modo se representan los sucesos más notables de su Pasión y Muerte.

Cristo fue Rey también en su Pasión: *“Y tú ¿eres Rey? – Tú lo dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la Verdad”* (Jn 18,37). *“Y Yo cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia Mí”* (Jn 12,32). La Pasión de Jesús fue la manifestación de su entrega y fidelidad incondicional a la voluntad de su Padre. El “sí” de su Corazón fue pleno, cabal, absolutamente voluntario. Y ese “sí” encontró eco en el “sí” de María Santísima. Aquel “fiat” dado por primera vez en la Anunciación y nunca jamás desmentido. Su Corazón Inmaculado siempre latió al unísono del de su Hijo amado. En este camino de dolor el Corazón de María es un indicador de su misión como Madre que nos acompaña en nuestro camino de cruz para reinar un día con Cristo.

Ella es la siempre presente a la cita del dolor. *“Porque –en palabras del P. Ramón Cué– es la cita a la que no fallan jamás las madres. Ellas se arreglan para estar siempre junto a sus hijos derribados”*. La mirada de Jesús sufriente, buscó la de su Madre. Y se clavó en esa mirada materna. María aguantó firme la mirada del Hijo, su mirada *“era un imán*



irresistible y dulce que lo iba levantando... hasta quedar en pie”. Así está dispuesta a hacerlo con nosotros. ¡Cuán necesitados estamos de su presencia maternal, de su mirada que nos levante y nos diga: adelante, hijo, ¡cuenta con tu Madre!

Grande fue sin duda el dolor de María cuando recibió el cuerpo muerto de Jesús. Era el regreso del Hijo a la Madre. *“Su regazo materno se abría como una playa acogedora para recibir en ella los restos de un naufragio; todo lo poco que quedaba tras la galerna de la Pasión, y el que el mar depositaba en la playa de María”*. Ella es esa playa siempre abierta dispuesta a recibir a sus hijos vengán como vengán, después de las tormentas y los naufragios de su vida, por podridos y culpables que puedan ser. En ese regazo pueden recomponerse todas las roturas de la barquilla maltrecha de nuestro corazón herido por el pecado. Acudamos con confianza a Su regazo en este tiempo de conversión y arrepentimiento que se nos concede, para permitirle a Cristo reinar en nuestra vida.

Pidamos a María que nos preste los Ojos de Su Corazón para recorrer el Santo Vía Crucis, que Ella nos una íntimamente a Su Hijo crucificado “si con Él morimos, reinaremos con Él”.

Al Encuentro con el Dios Uno y Trino

El pasaje bíblico de la Anunciación nos revela el misterio de la Santísima Trinidad

En su libro «El Rosario con la Hermana Lucía», la pastorcita nos enseña: «El Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen (...) y el nombre de la virgen era María. Al entrar en su casa, le dijo el Ángel: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es Contigo» (Lc 1, 26-28).

En este pasaje sagrado, Dios nos revela cómo se realizó la Encarnación del Verbo Eterno; nos da a conocer el misterio de la Santísima Trinidad, o sea, un sólo Dios en tres Personas distintas: «el Espíritu Santo vendrá sobre Ti, el Altísimo te cubrirá con su sombra, y el Hijo que ha de nacer se llamará Hijo de Dios».

El Ángel le dice a María que era llena de gracia: «Dios te salve, llena de gracia...»

Si María no fuera Inmaculada y toda Santa, el Ángel no podría decirle que era llena de gracia, pues tendría la mancha del pecado.

«El Señor está Contigo», porque María es toda solo de Dios y toda solo para Dios. ¡Y pensar que Jesús compartió con nosotros a su Madre! Nos dio por Madre a María en el orden espiritual de la gracia. ¡Gran don el que Dios nos concedió!

Y el Ángel prosiguió: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios». Sí, atrajo sobre Ella la mirada de Dios, porque era Virgen, Pura e Inmaculada, y por eso fue escogida para ser el primer templo humano habitado por la Santísima Trinidad.

Por los méritos del Verbo encarnado de quien recibimos el perdón y la gracia, también nosotros, si tenemos la felicidad de poseer el don de la fe y de vivir sin pecado, somos templos vivos de la adorable Trinidad, que reside en nosotros según los textos sagrados: «Si me

amáis, guardaréis mis mandamientos; y Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros» (Jn 14, 15-17).

Y San Pablo nos advierte lo mismo: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo. Nadie se engañe: si alguno entre vosotros se tiene por sabio según el mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio» (1 Co 3, 16-18). Jesucristo y el apóstol nos dicen aquí que nosotros somos los templos vivos de Dios y que es preciso conservar puro nuestro templo, porque somos la morada de Dios para que la vida de Dios resida en nosotros y nos comunique la inmortalidad.



Misión María

La alegría de dar

La Sonrisa de la Virgen
Celebrando a Nuestra
Señora
de Lourdes



Venezuela



Argentina



Perú



Chile



España



Chile

Caminando con María

Actividades con jóvenes para llevar la Luz de María a los corazones



R. Dominicana

Chile



Perú



España

Familias
Marianas

La obra de la Salvación
se inició en una Familia
y continúa hoy a
través de las familias
que se consagran a
Nuestra Señora.



Chile

Este Boletín se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

